



FIGURA DEL KUOUTE.

Hoy que tan vivamente llama la atención cuanto al imperio ruso pertenece, hemos creído oportuna la reproducción de un dibujo original que representa fielmente todos los horrorosos detalles de uno de los mas crueles castigos que la ferocidad humana puede inventar. El grabado está exactamente formado en vista de la copia tomada del natural que se nos ha facilitado; la inmensa minuciosidad con que, como observarán nuestros lectores, están calculados todos los pormenores para hacer que el tormento sea verdaderamente terrible, dice, acerca de la civilización de los bárbaros del Norte, mas que cuantas reflexiones pudiéramos nosotros apuntar.

Origen, progresos y estinción de la Orden de Malta.

(Continuacion.)

Está asentada Malta en el mar que baña las costas de Africa y de Sicilia, hácia la parte meridional de ésta, y separada de aquella region unas 490 millas. Cuando se instaló en ella la Orden no ofrecía mas que una extension de tierra estéril y poco habitada; mas en breve tiempo, á pesar de la natural dureza de su suelo, adquirió bastante fertilidad y cultivo, con la cual, y con las plazas que en ella se

construyeron, de bello aspecto, fuertes y suficientemente guarnecidas, pudo corresponder á su ventajosa situacion geográfica que la hacia como la llave de Sicilia y la puerta por aquel lado de lo demas de Europa. Todas estas razones, y muy principalmente el deseo de vengar los daños que continuamente recibían los turcos de los malteses, movieron á Soliman á intentar la conquista de la isla: recordaba el suceso de Rodas, la pérdida de Trípoli, que había caído en poder de los suyos en 1551; y como la ambicion todo lo encuentra llano, creyó que sin necesidad de tomar parte en la empresa, con solo confiarla á dos de sus mas expertos capitanes, lograria extender los límites de su imperio y difundir el terror por los estados de sus enemigos.

Inmediatamente lo puso todo en ejecucion. Aprestó una armada de doscientos navíos de todas clases, cuya direccion encomendó al húngaro Piali, y un ejército proporcionado de combatientes al mando de su pariente Mustafá, hombre de mucha edad, pero fuerte aun, y acostumbrado á combates y victorias. Hizose á la vela la formidable espedicion, y antes de espirar el mes de mayo del año 1565 se presentó delante de Malta: desembarcaron las tropas en la playa y dieron principio á los trabajos y preparativos del asedio. No estaban tan desprevenidos los malteses que los cogiese aquella tormenta de improviso: el gran maestro, llamado Juan de La Valette, natural que era de Provenza, tenía con anticipacion noticia de estos proyectos, y así pudo tomar las debidas precauciones y pedir socorros al pontífice y al rey de España, que sin dificultad se los pro-

metieron, Felipe II encargó al virrey de Sicilia, don García de Toledo, que acudiese en ayuda de los sitiados, y pasando éste sin detenerse á Malta, conferenció con el gran maestre, vió el estado en que se hallaban las fortificaciones, dispuso que se hiciesen algunas obras para mejorarlas, y ofreció volver con su armada y fuerzas suficientes para obligar al turco á desistir de su proyecto.

Arreglado ya todo lo necesario, rompieron el fuego los enemigos contra la fortaleza de san Telmo, punto el mas avanzado de la isla por la parte en que habían efectuado el desembarco; su defensa estaba á cargo del gobernador Luis Brolla, saboyano de nación y hombre de valor, aunque de edad muy avanzada. La artillería de los contrarios comenzó á hacer horroroso estrago en las fortificaciones; al fuego se siguió un asalto mortífero y tenaz, pero solo sirvió para acrecentar el denuedo de los sitiados, porque habiendo reemplazado á Brolla por orden del gran maestre el valeroso valenciano Melchor Monserrat, y Juan de Miranda, que mandaba un corto número de españoles, cada cual hizo prodigios de valor, y de tal manera se arraigó el entusiasmo en los corazones, que parecía desesperacion el ansia con que se exponían todos á la muerte. Días y noches transcurrieron en aquella violenta agitación; ni sitiados ni sitiadores aflojaban un punto en la pelea: los nuestros recibían continuos refuerzos para suplir la falta de los que morían: Dragut, el famoso pirata, vino en auxilio de los contrarios: y así, á cada hora, á cada instante se empeñaba la lid con nuevo encarnizamiento.

En breve sin embargo, se vieron los defensores en el mostrar apuro, porque avisados los turcos de que les llegaban nuevas tropas, interceptaron las comunicaciones y no fué ya posible socorrerlos con un soldado. Crecía la morandad; crecía el rigor y audacia de los enemigos, y esto que hubiera producido desaliento en los mas intrépidos, en los nuestros solo servía para exaltar mas su entusiasmo, para despertar el heroico esfuerzo que era en aquellos tiempos, y en los presentes lo hubiera sido, el asombro de entrambos mundos. Repitieron los turcos sus embestidas y todas fueron en vano; pereció Monserrat en una de ellas, y ocupó el punto su puesto el animoso aragonés Eguilar; éste y Miranda cayeron tambien heridos, pero al día siguiente se renovó el asalto con inaudita saña, y cuando mas confiados se hallaban los turcos en la victoria, vino á arrancársela el generoso Miranda, ofreciendo un espectáculo tan interesante como sublime.

Llevado en brazos de sus soldados, y sentado en una silla, empuñó una lanza y mandó que le colocasen donde mas recia andaba la pelea: defendióse allí con heroica serenidad é incomparable esfuerzo: Eguilar, compañero de su desdicha, quiso serlo tambien de su gloria y de su muerte, y asiendo una hacha de dos filos, segó vidas sin cuento entre la atropellada multitud de los infieles. Al cabo hubieron de ceder, no á la superioridad del valor, sino á la del número, y á la suerte que tan adversa se les mostraba, pues oprimidos por todas partes, exánimes y puestos en el mas triste aislamiento, murieron como vencidos, dejando eterna memoria de su heroismo. Un mes duró la resistencia de San Telmo, donde perecieron muchos caballeros esforzados y muchos soldados no menos animosos; los defensores habían quedado reducidos á un número insignificante: los ayes de los heridos y los quejidos de los enfermos, hacían desalentar al corazón mas insensible. Cerca de dos mil hombres faltaban en la fortaleza, y así era imposible sostenerla por mas tiempo: los enemigos, que habían sacrificado seis mil valientes, y entre ellos al mismo Dragut, entraron al fin en ella, pero llevados de su feroz instinto, abusaron vilmente de la victoria, degollando á todos los infelices que cayeron en sus manos, como si esta brutal venganza hubiese añadido mas mérito á su trofeo.

La sangre de aquellas victimas puede decirse que fué el precio de la salvacion de Malta, porque habiendo intentado en seguida los enemigos el ataque de la fortaleza de San Miguel, del castillo del Angel y otros puntos, no obtuvieron resultado alguno. Un volumen entero sería menester si hubiésemos de referir circunstanciadamente los hechos de aquellos ilustres caballeros, con quienes rivalizaron á veces los habitantes de la ciudad entusiasmados con tan glorioso ejemplo: el incessante combatir de tantos y tan porfiados asaltos, la continua vigilia, los ásperos trabajos de levantar parapetos y fortificaciones y de abrir zanjas y

contraminas, en vez de enervar sus fuerzas, parecia que les daban nuevo vigor y mas invencible audacia. El gran maestre La Valette, digno caudillo de aquellos héroes, se mostraba superior á todos en esfuerzo y prudencia, en serenidad y sufrimiento; ni los riesgos le intimidaban, ni los triunfos le ensobrecian; su espada brillaba primero que ninguna en todos los combates; en su escudo, como en la égida de Palas, perdian toda su fuerza los tiros de sus adversarios. Nunca ofrecerá la historia en sus gloriosas páginas carácter mas noble ni heroico que el de este príncipe, cuyo nombre inmortal hubiera merecido en la antigüedad honores casi divinos.

Mas á pesar del denuedo de los malteses y de su admirable defensa, no hubieran desistido los turcos de su empeño, si el feliz arribo de la escuadra de Sicilia. Al hablar de ella no podemos olvidar las amargas reconvenções que hacen al virrey Toledo y al mismo soberano Felipe II los escritores estrangeros, y en especial Vertot, que publicó en el primer tercio del siglo pasado la historia de la Orden y todas sus vicisitudes. El virrey de Sicilia tuvo que obrar con precancion en aquella empresa; las huestes aguerridas de Soliman, su numerosa escuadra y el poder de su pujante imperio hubieran hecho á los principios muy dudosa la victoria; perdida esta por las armas del rey católico, ¿quién ponía á salvo las costas de Italia de las depredaciones de los turcos? ¿quién era capaz de calcular hasta dónde llegaría su orgullo favorecido por la fortuna? En quanto al rey Felipe, ¿habrá quien dude de sus buenas intenciones y del deseo que tenia de alejar de Europa á los que eran tambien sus enemigos? ¿No declara el mismo Vertot que don García de Toledo fué castigado despues por su irresolucion en socorrer á Malta? ¿Cómo pues pretende hacer responsable á aquel monarca de su conducta?

Llegó, segun hemos insinuado, el socorro de Sicilia con suficiente número de tropas, de caballeros, nobles y cruzados de varias naciones que andian atraídos por la fama de aquella guerra, todos los cuales efectuaron su desembarco junto á la ciudad de Medina, lejos de los reales de los contrarios. Estos, sabida la nueva, se apresuraron á levantar el campo, y lo efectuaron en tan breve tiempo, que antes de dar á entender su resolucion se advirtió su falta. Mustafá se dirigió contra los auxiliares con las reliquias de su menguado ejército, pero á pesar de cuantos esfuerzos hizo no pudo vencer la repugnancia que sentían los suyos á pelear, y tuvo á toda presa que ponerse en salvo. El sitio de Malta duró mas de cuatro meses: los ataques fueron innumerables; los defensores tuvieron 9000 hombres de pérdida; la de los enemigos por un cálculo que no debe parecer exagerado, se presume que pasó de 30000.

La noticia de esta victoria llenó de júbilo á toda Europa, y en todas partes se celebró como un acontecimiento de grande importancia. La moderna Malta lleva el nombre de *La Valette*, á quien Pio IV y el rey de España honraron con nuevos títulos y magníficos presentes; en aquella ciudad quedó por largo tiempo la costumbre de celebrar un solemne aniversario con procesiones y alabanzas al Ser Supremo, la Orden recibió universales parabienes, y entró, por decirlo así, en posesión del prestigio á que la hacía acreedora tan ilustre hazaña; las memorias de aquella edad y las escritas posteriormente, todas estan conformes en tributar aplausos á los heroicos varones que dieron tan alto ejemplo de constancia y de valor, de pundonor y aun de patriotismo. Entonces llegó la antigua congregacion de los Hospitalarios á la cumbre de su prosperidad y gloria, en la que se sostuvo por muchos años, hasta que el espíritu de los siglos futuros creyó inútil y anómala su existencia como lo referimos en el siguiente artículo.

ARTICULO II.

No esperaba Soliman la nueva de la derrota de sus armadas, y así se indignó de tal manera al saber circunstanciadamente lo ocurrido, que resolvió intentar otra vez la empresa en la primavera del siguiente año. Por fortunas sus proyectos no podían permanecer ocultos, y La Valette previó con sobrada anticipacion la tormenta que le amenazaba; mas como sus fuerzas se habían aminorado mucho, disminuido tambien considerablemente sus recursos, y la isla toda se hallaba en estado poco á propósito para empeñarse en nueva resistencia, resolvió vencer por astucia al que acababa de experimentar los efectos de su entusiasmo y de

su inconstancia. Historiadores de mucho crédito le atribuyen el incendio del arsenal de Constantinopla, donde quedaron reducidas á cenizas gran número de las galeras que se estaban construyendo, los almacenes completamente abrasados, y sepultados entre las llamas multitud de trabajadores: á la verdad, admitidos como ciertos los designios del sultan, nadie mas interesado en frustrarlos que el gran maestro: en aquella guerra todo era licito: así el ardor como la crueldad; y La Valette, que no contaba con elementos suficientes para hacer rostro al poder de su adversario, hubo de recurrir á un medio que en otro cualquier caso hubiera sido vituperable.

Con su energía y el prestigio de su nombre supo conservar este príncipe ileso el esplendor de su dignidad; sin embargo, en los últimos años de su vida se suscitaron cuestiones y turbulencias que no pudieron menos de ocasionarle una profunda melancolía, la cual le llevó al sepulcro en 24 de agosto de 1588. Su pérdida era tanto mas sensible, cuanto mayor la dificultad de sostener el engrandecimiento de la Orden. Había adquirido esta bajo su mando toda la elevación á que podía aspirar; por lo mismo comenzó á infundir inquietudes en los ánimos de algunos príncipes y potentados, que sembrando discordias y ambiciones entre sus caballeros, pretendieron unas veces apoderarse de sus bienes, otras cercenar sus prerogativas y hacerse partícipes de su soberanía. Los que desde luego y con menos reboto se encaminaron á este fin, fueron los pontífices. Ya en vida de La Valette había Pío V dispuesto del priorato de Roma á favor de los cardenales, alegando ser los papas los verdaderos superiores de la Orden; y no bastaron las enérgicas reclamaciones del gran maestro para desviarle de su propósito. Con iguales miras se introdujo en Malta por el año 1574 la Inquisición, que en un principio se mostró inofensiva y cauta, mas en breve cobró tales pretensiones, que no solo tramó una conjuración para derribar en 1580 al maestro La Cassiere, sublevando contra él al gran Consejo, sino que hubo vez de exigir que la carroza del soberano de la Orden hiciese paso á la de los inquisidores, que en todo querían tener imperio y supremacía.

Así fué que en aquellos mismos de quienes debían esperar mas amistad y apoyo, tuvieron los Hospitalarios sus mayores enojos y opresores; lo cual, si bien no impedía que la religión atendiese á los principales fines de su instituto, fomentaba entre sus individuos el espíritu de desunión, y distraía parte de los recursos vinculados en los cargos de la Orden. Esta disminución era tan poco sensible en un principio, que permitía atender á todas las expediciones y empresas en que se ocupaban sus caballeros, á prestar auxilios á todos sus aliados, y á la persecución de los piratas, no solo en las costas de Italia, sino en las occidentales de África hasta la desembocadura misma del Nilo.

Sus galeras concurren á la memorable victoria de Lepanto; y á pesar de la rivalidad que parecía existir entre la Orden y las repúblicas de Italia, ayudaron á los venecianos en sus guerras contra Turquía: la fortuna, enemiga á veces de las armas de la Religión, ejercitaba su inconstancia proporcionándole repetidos y señalados triunfos: llevó la fama de su nombre hasta las Antillas, donde adquirió en 1632 la isla de San Cristóbal; y finalmente, dejando á un lado la prolíja enumeración de los hechos poco notables que constituyen su historia en lo sucesivo, nos trasladaremos á la época en que, como otras muchas instituciones antiquísimas, y cediendo al golpe que redujo á miserable estado imperios y reinos mas poderosos, perdió de pronto sus formas y derechos, su libertad y soberanía.

Debióse principalmente esta menoscabo á la influencia que ejercieron en el siglo XVIII las doctrinas filosóficas. La América inglesa dominada por el genio que mucho antes había abortado la independencia de la metrópoli rompiendo el yugo de sus tiranos, y las peregrinas ideas que propagaban por Europa los filósofos y economistas franceses, engendraron el volcan que de allí á poco estalló con ruído estruendo. Presagio de todas estas vicisitudes parecieron las largas y universales guerras, las ambiciones y despojos que experimentaron todos los pueblos del antiguo continente en aquella centuria verdaderamente calamitosa; y cuando despues de tantas querellas interminables, de tantos acomodamientos inútiles, y ligas inconsideradas, y rompimientos irreflexivos, se creían firmadamente asegurados el sosiego y sistema político de Europa, con los tratados de Westfalia y todos los posteriores, vino una her-

renda revolución á introducir nuevas enemistades y preparar nuevas alteraciones, fundando imperios, y reinos y repúblicas que habían de desaparecer en breve con la espada en que se sostenían.

Fácil es presumir que en semejante estado, no solo los cuidados de las potencias, sino hasta la atención de los particulares se volverían hácia unos acontecimientos que tanto podían influir en sus respectivos intereses; y que por consiguiente desentendiéndose de la existencia mas ó menos próspera de nuestra Orden, iría esta perdiendo insensiblemente su espíritu y su importancia, á medida que se hiciesen menores sus elementos de subsistencia y mas vago é innecesario el objeto de su fundación. Nadie ignora por otra parte que las teorías filosóficas, cada día mas generalizadas, se habían propuesto la supresión de toda especie de privilegios; y como la antigua religión de los Hospitalarios vivía de ellos exclusivamente, no es extraño que se la mirase, si no con animadversión, al menos con indiferencia. Su organización verdaderamente, la celebridad que se había ganado en el largo periodo de su existencia, la especie de confederación y el sistema de igualdad que formaban la base de su gobierno, retardaron la ruina que el tiempo le preparaba; sin embargo á fines del mencionado siglo se hallaba en tal estado, digámoslo así, de decrepitud, que apenas ofrecía, como veremos despues, señal alguna de vida.

La revolución francesa había conmovido á la Europa toda, ostentando el heroico denuedo de un pueblo que ambiciona su libertad, aun á trueque de todos los horrores de la amargura. Ni la formidable coalición que le amenazaba por sus fronteras, ni la guerra doméstica que se nutría en su seno, lograron abatir el poder de aquellos frenéticos republicanos; sus ejércitos por el contrario, compuestos en su mayor parte de jóvenes bisonos y sus generales, poco célebres todavía por sus anteriores proezas, llegaron á hacerse dignos vencedores de los soldados y capitanes que mas renombre habían alcanzado en las postreras guerras de Europa. Con todo, los triunfos de la república eran obra de sus armas; el poder vinculado en estas debía absorber tarde ó temprano todos los restantes, y el mismo gobierno que no había tolerado hasta entonces agresión ni dominio de ninguna especie, debía concebir en breve recelos de su propia gloria, y mostrarse ofendido hasta cierto punto de sus mismos libertadores.

Bonaparte había oscurecido con sus recientes hazañas la gloria de todos sus compañeros; Hoche, que quizá hubiera llegado á ser su competidor, ya no existía; en el joven vencedor de Italia tenían ya puestas sus esperanzas los descontentos, y sus miras los ambiciosos, de suerte que si no se estropeaba el distinguido general en alguna empresa árdua y remota, la libertad de los ciudadanos y las instituciones alcanzadas á precio de tanta sangre, sin duda perecerían. Esto calculaba el Directorio, presumiendo que los riesgos en que ponía al joven héroe serian el sepulcro de su fama y de su existencia; pero el cielo, que ordenaba las cosas de distinto modo, preparó nuevas complicaciones y sucesos mas inesperados.

Diose á la vela en el puerto de Tolon la expedición de Egipto el 19 de mayo de 1798; entre los navios que componían la escuadra del almirante Bruyts y los transportes reunidos en Génova, Ajaccio y Civita-Vecchia, se juntaron hasta quinientas embarcaciones, en que iban cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marinos. Bonaparte se incorporó sucesivamente á las divisiones existentes en los mencionados puntos, y formó desde luego el proyecto de apoderarse de Malta, cuya isla se reputaba aun como la llave del Mediterráneo; á cuyo fin había entrado de antemano en relaciones con algunos de los principales caballeros.

Desde este momento debió juzgarse inevitable la ruina de la Orden, porque si los franceses no llegaban á hacerse señores de Malta, con el pretexto de evitar este peligro, hubieran consumado despues la misma tentativa los ingleses. Las quinientas velas de aquellos se desplegaron el 9 de junio delante de la isla, y sin calor de pedirle permiso para hacer aguada, entró Bonaparte en contestaciones con el gran maestro Fernando de Hompesch, quien alegando la prohibición que le imponían los estatutos, negóse por el punto á concedérselo. A esto únicamente podía reducirse su resistencia, porque la religión no era ya sombra de aquel ilustre cuerpo, cuyas alabanzas habían resonado en otro tiempo por todo el mundo. Su marina consistía en

tres ó cuatro fragatas casi inútiles, ancladas siempre en el puerto; y varias galeras que apenas prestaban ningún servicio; sus bienes habían quedado muy reducidos con la reciente pérdida de cuantos poseía en Italia y Francia; y como la destrucción de los estados suele influir considerablemente en el desaliento de los individuos, hacia ya largo tiempo que no se ocupaban estos en los deberes de su instituto, pues no existía actualmente caballero alguno que hubiese hecho la guerra contra los berberiscos.

Todó esto lo sabía bien Bonaparte, y tampoco estaba ignorante de la consternación que produjo en los malteses su llegada; así que sin pérdida de tiempo, oida la respuesta del gran maestro, mandó practicar el desembarco al siguiente día 10 de Junio y embestir la plaza de Lavelette, á pesar de su fortaleza. Al fuego de la artillería de los franceses respondió la de la ciudad como con timidez; algunos caballeros practicaron una salida, y quedaron la mayor parte en poder del enemigo, con lo cual y con la oposición que mostraron á batirse con sus compatriotas varios individuos de la lengua francesa, comenzaron á amilanarse los ánimos de los defensores. En semejante estado, y conociendo el gran maestro lo mucho que aventuraba, movió proposiciones de paz que fueron al punto aceptadas por Bonaparte. Las cláusulas del convenio se redujeron en sustancia á lo siguiente: que los caballeros cedían á la Francia la soberanía de Malta y las islas dependientes de ella; la Francia en cambio prometía su intervención en el congreso de Basilea para que se diese en Alemania un principado al gran maestro; y en el caso de no ser posible, le aseguraba una pensión vitalicia de trescientos mil francos, y una indemnización de seiscientos mil al contado; concedía además á cada caballero de la lengua francesa setecientos francos de pensión, y mil á los sexagenarios; y prometía su meditación para que los de las demas lenguas entrasen á gozar de los bienes de la Orden en sus respectivos países.

Esté fin tuvo, despues de siete siglos de existencia, la célebre institución de los caballeros Hospitalarios de San Juan Bautista; y en verdad que sus gloriosos antecedentes le hacían digna de mejor fortuna. El carácter aristocrático, como invención de la edad media, que aquella república conservaba, la importancia de su situación, lo relajada que se advertía la antigua disciplina entre sus individuos, y mas que todo el espíritu de la época, ansioso de conquistas é innovaciones, sugirieron á Bonaparte un proyecto que en otro tiempo hubiera sido temerario, y al presente de tan fácil logro como hemos visto. Sin embargo, la posesion de Malta por las armas francesas no podía prolongarse mucho si se malograba la expedicion de Egipto antes de llegar á su destino, ó si la escuadra inglesa de Nelson que iba en su persecucion alcanzaba el triunfo que se prometía: tres mil hombres dejó Bonaparte de guarnición á los órdenes de Vaubois; y á pesar de los reglamentos y minuciosas instrucciones que dió para el gobierno de la isla, no dejaria de conocer cuán insubordinada fuerza era aquella para retenerla bajo su dominio.

En efecto, vencedor Nelson del almirante Brucey en el tremendo combate de Abukir, dirigióse á Malta con ánimo de bloquearla, y llevado á cabo su designio capituló la ciudad, y fué transportada á su patria la guarnición. Creían los caballeros sacar ventaja en el cambio, porque desde el principio de la revolución habían mirado como enemigos á cuantos franceses tomaron en ella parte; pero mas adelante se convencieron de lo ilusorias que eran sus esperanzas en la Gran Bretaña, y aun entonces debieron ya presagiar que una vez señora de punto tan principal esta nación, no habria fuerza ni astucia humanas capaces de arrebatarla.

Por esta causa fueron infructuosas las promesas que hizo el emperador de Rusia, y vano tambien el pacto estipulado en la paz de Amiens en 1802, por el cual se obligó á Inglaterra á restituir la isla á sus antiguos poseedores. Esta condicion, que no se llevó á efecto, produjo en el siguiente año un nuevo rompimiento entre las dos potencias rivales, Francia é Inglaterra, que no tuvo para la Orden resultado alguno. Las continuas y sangrientas campañas que distrajeron en estos tiempos la atención de Europa no permitieron resolver nada acerca de la manifiesta usurpacion que se había cometido; hasta que derribado Napoleon del trono de San Luis, y proscrito en la isla de Elba, se concluyó en París el 30 de mayo de 1814 por los plenipotenciarios de Francia y Austria el tratado general de paz, que fir-

maron despues los representantes de las demas potencias, en virtud del cual la isla de Malta con todas sus dependencias se adjudicó definitivamente á la Gran Bretaña; siendo despues confirmado este pacto en el congreso de Viena, que fué como el complemento del anterior convenio. La Orden, pues, que desde fines del siglo último quedó abolida de hecho, vio formalmente sancionada su supresion en la época llamada de restauracion en Francia; los soberanos que aun conservaban en sus reinos encomiendas y bienes pertenecientes á los Hospitalarios, pudieron disponer libremente de ellos; y los caballeros de las diversas lenguas que aun permanecian en Malta, se encaminaron á sus respectivos países, excepto algunos naturales de Italia que no quisieron variar de residencia, y que sin embargo hubieron de contentarse como los primeros con el recuerdo de sus títulos ó dignidades, sin mas derechos, emolumentos ni prerrogativas. Posteriormente ha seguido la Orden en el propio estado de nulidad; y aunque el actual Pontífice parece que trata á la sazón de restablecerla al menos bajo su primitivo carácter hospitalario, privada del asiento en que adquirió tan gloriosos timbres, de las encomiendas que constituian sus principales riquezas, y de la organizacion imposible de conservar, que era su mas firme base, creemos que solamente en el nombre se asemejará á la antigua, y esto en el caso de que llegue á tener efecto propósito tan laudable.

Restamos, como lo prometimos en el artículo primero, hacer mención de algunas particularidades relativas al régimen de la Orden y á los principales cargos que en ella desempeñaban los caballeros. Entonces indicamos ya las tres clases de individuos de que se componia, á saber: *caballeros de justicia, clérigos ó sacerdotes, y sirvientes*. Al honor de caballero de justicia, como el mismo nombre lo expresa, únicamente podian aspirar los verdaderos nobles, pues las rigurosas informaciones que solian hacerse exigian una nobleza de estirpe mas ó menos antigua tanto en la rama paterna como en la de madre; y por esta razón únicamente los comprendidos en esta categoria podian aspirar á las dignidades de la Religion que se distinguian con el título de *grandes cruces*; pero entre ellos estaban incluidos los *caballeros de gracia*, es decir, los hijos de los padres ilustres y las madres plebeyas, quienes por medio de una dispensa del papa lograban introducirse en la Orden, bajo dicha denominacion, que desde luego equivalia á una tacha. En las clases de clérigos y sirvientes no eran menester las condiciones de nobleza que en los caballeros, sino solo limpieza de sangre y algunos requisitos fáciles de reunir; por lo cual los sacerdotes gozaban en aquella religion de menos consideraciones que los seculares, si bien formaban parte en ella, erigiéndose entre los capellanes el obispo de Malta, el prior de la iglesia de San Juan, que ocupaban en el consejo los primeros puestos. Habia tambien señoras religiosas de la misma Orden en Francia, Italia, y España; nuestro célebre monasterio de Sixena en Aragon y el de Dalgoveira en Cataluña fueron sobrado distinguidos para que pueda ponerse en duda que las pruebas de nobleza que se les exigia eran mucho mas rigurosas que cuantas tenian que hacer los caballeros de justicia.

Respecto al traje que unos y otros usaban, no nos es posible detallarlo exactamente. Parece que en un principio era comun á todos el hábito de San Agustin negro, con una cruz blanca de forma octógona, y de seda ó otra tela que ponian sobre el manto al lado del corazon. Los caballeros llevaban á la guerra cota dorada, como un signo de preeminencia, con la cruz encima; por lo menos así lo afirma el célebre Andrés Favín en su *Teatro de Honor y Caballeria*; pero mas adelante es de presumir que en esto como en otras muchas cosas se introducirían frecuentes alteraciones siguiendo en el vestido el uso de cada época con aquellas restricciones que se tuvieran por convenientes; y así lo hemos observado en una coleccion de trages de la Orden mas recomendable sin duda por la exactitud histórica que por la gracia de los dibujos. (Concluírá.)

CAYETANO ROSALI.

GUAYMAS, EN EL GOLFO DE CALIFORNIA.

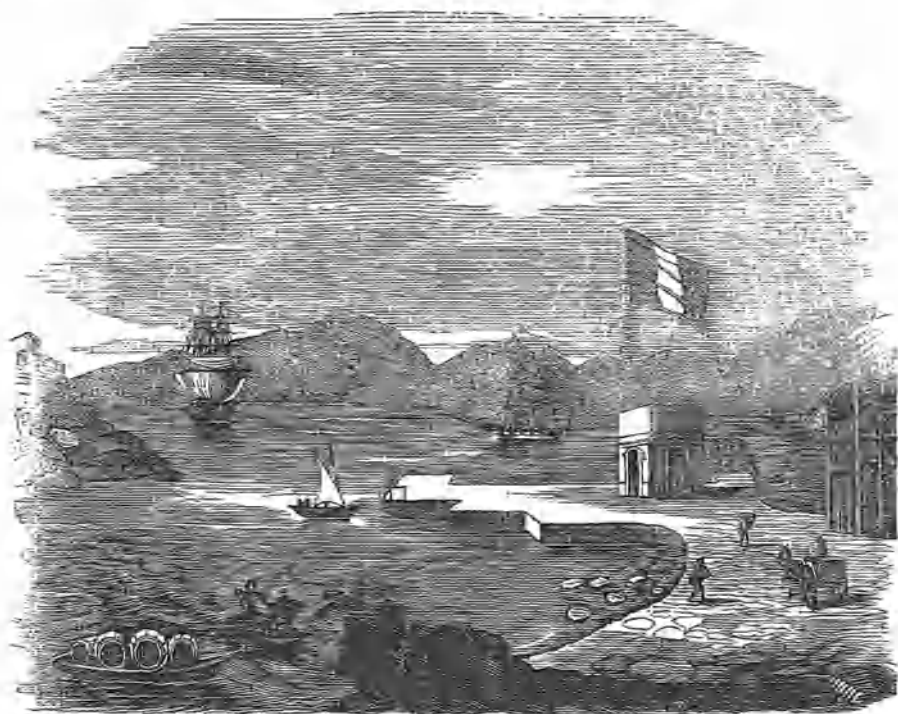
(Conclusion.)

Nos hemos extendido demasiado sobre Guaymas por ser este puerto la vida comercial y el gran punto de todas las

negociaciones de Sonora y de los departamentos circunvecinos. Réstanos hablar, aunque ligeramente, del tránsito de Guaymas al Pitic, capital del departamento de Sonora, que dista 38 leguas de un camino árido y estéril, en el que el viajero á caballo con su guía indispensable encuentra solo á largas distancias una mala posada, tan escasa de comodidades como de provisiones; alguno que otro amarillento arbusto, grandes tropas de conejos, son la única perspectiva que se ofrece al sendero caminante, y llega á hacerse insostenible si la casualidad le conduce cabe la madriguera del zorrillo, animal de un hedor tan insostenible, que á pesar de su debilidad, se hace temer de

todos los animales carnívoros. También se encuentra la tarántula, especie de araña grande, peluda y tan venenosa que pisándola una bestia se le desprende al momento al casco. En la estación de las aguas abundan por la noche las luciérnagas (cosa común en toda la república mejicana), que son unos mosquitos que despiden luz solo cuando vuelan, por tenerla debajo de las alas. Estos animales son los que, según Solís, engañaron á la gente de Narvaex cuando venia contra Cortés, pensando que sus lucas eran mechas encendidas para el disparo de los arcabuces.

VICENTE CALVO.



Bahía de Guaymas.

Pico de la Mirandola.

¿Cuál será el estudiante en cuyos oídos no haya resonado alguna vez este nombre? ¿Que no haya oído hablar de ese prodigio de sabiduría que nos mostraban sobre un pedestal tan elevado, como un modelo á quien imitar? ¡Y no es, en efecto, una cosa maravillosa un jóven que, á la edad de veinte y tres años, sostenia una tesis en noventa y siete proposiciones sobre toda especie de asuntos: *De omni re scibili!*

Juan Pico de la Mirandola nació en 1463. Era el hijo tercero de Juan Francisco, señor de la Mirandola y de Concordia. Uno de sus biógrafos cuenta con la mayor sencillez que en el momento de su nacimiento apareció una aureola luminosa por cima del lecho de su madre, y de este modo explica la idea que esta se formó acerca de los altos destinos de su hijo. Desde la edad de diez años se vió Pico de la Mirandola colocado por la opinión pública en primer término entre los poetas y oradores. Comenzó en Bolonia, en 1477, el estudio del derecho canónico; pero disgustado muy pronto de este estudio, recorrió durante siete años las mas célebres universidades de Francia y de Italia, oyendo las lecciones de los mas ilustres profesores de la época, y ejercitándose en la controversia cuestionando con ellos. Al conocimiento de las lenguas griega y latina, juntaba la del hebreo, del caldeo y del árabe. Su memoria era tan prodigiosa, que no olvidaba nada de cuanto leía ó oía. Concluidos sus viajes, llegó á Roma en 1486, siendo Pontífice Inocencio VIII. Allí fué donde publicó la lista de las noventa y siete proposiciones *De omni re scibili* que

se obligaba á sostener públicamente contra todos los sabios que se presentasen á impugnarlas, ofreciendo pagar el viage de los que se hallasen distantes, y mantenerlos durante su permanencia en Roma. Pero acaeció que siete de estas proposiciones fueron denunciadas como contaminadas de herejía. En vano fué que Pico de la Mirandola probase que, antes de su publicación, habian sido competentemente autorizadas por la aprobacion de los teólogos; en vano trató en su apología de hacer recaer el ridículo sobre sus detractores; las proposiciones declaradas peligrosas por los comisionados encargados de su examen, fueron condenadas por el papa; Pico de la Mirandola se sometió á esta decision, y abandonó á Roma para volver á Francia en donde habia dejado numerosos admiradores. Sus enemigos se aprovecharon de su ausencia para decir que habia desobedecido á la Santa-Sede, sosteniendo públicamente las proposiciones prohibidas. De aquí provino una nueva citación ante el tribunal de Inocencio VIII, y la necesidad, para Pico de la Mirandola, de justificarse, lo cual no le hubo de costar mucho ciertamente.

Semejantes persecuciones le hicieron mirar con desagrado la brillante gloria que en un principio hubo ambicionado. Arrojó al luego sus poesías, y, renunciando á las letras y á las ciencias profanas, compartió su tiempo entre los estudios religiosos ó filosóficos y sus amigos. Pero no gozó por mucho tiempo de la paz que habia vuelto á recobrar; no sobrevivió sino dos meses á Angel Politien, el mas caro de sus amigos, y murió en Florencia el 17 de Noviembre de 1494, el día mismo en que entraba en ella Carlos VIII. Este príncipe, que lo habia conocido en París, en cuanto supo su enfermedad se apresuró á mandarle dos de sus médicos; pero su visita le fué inútil al moribundo que

espiró algunas horas despues, á la edad de treinta y un años ocho meses y algunos dias.

Su epitafio consiste en un dístico latino cuyo sentido es este: «Aquí yace Juan de La Mirandola; el Tajo, el Ganges y aún quizás los antípodas saben lo demas.»

Las obras de La Mirandola escogidas y publicadas por primera vez en Boloña en 1496, in-folio, fueron reimpresas hasta ocho veces antes del décimosétimo siglo. Una de

sus obras publicada en Strasburgo en 1507, contiene una *Fé de Erratas* de quince páginas: «No recuerdo, dice Chevallier, haber visto otra mayor para un solo volumen tan pequeño.»

¿Qué es lo que resta ya hoy día de tanta erudicion, ciencia y fama? Nada, ó cuando mas muy poco. Y es que una gloria verdaderamente sólida no puede adoptarse sino á las ideas fecundas, á las creaciones nuevas del espíritu



Retrato de La Mirandola.

humano. Es cierto que La Mirandola combatía la astrologia judiciaria; pero creia en la cábala y perdía un tiempo precioso en investigaciones ridiculas. Habia bastado, para que se entregase á semejantes sueños, que le vendiese un charlatan á precio de oro una cincuentena de manuscritos hebreos asegurándole que habian sido compuestos por orden de Esdras, y que contenian los misterios mas secretos de la religion y de la filosofía segun confiesa el mismo Tiraboschi, su panegirista: las novecientas proposiciones *De omni re scibili* no presentan sino un conjunto de cuestiones frívolas, y, solo que llorar habria, al ver tan inmenso trabajo empleado de una manera tan infructuosa. Tratemos por lo tanto de sacar de esta historia una saludable máxima; y es, que la erudicion, para que tenga completo derecho á nuestra estimación, debe abrir vias nuevas, ó producir teorías ó aplicaciones útiles.

LA PRINCESA DEL BIEN PODRA SER.

En una tierra muy lejana, y cuyo nombre no recuerdo, reinaba un rey viejo y viudo, á quien querian mucho sus vasallos porque era justo y bondadoso. Este buen rey tenia una hija, única heredera de su nombre y de sus estensos estados. Esta única hija era tan hermosa, que todas las damas del país envidiaban su gentileza; pero en cambio tenia un defecto, ó mejor dicho una aprension, que era el tormento de su padre; pues desde muy niña la princesa solo pronunciaba esta frase: *bien podrá ser*. Estas palabras, articuladas con voz penetrante y sonora, probaban que la hermosa princesa no era muda de nacimiento; pero ni los ruegos del padre, ni la astucia de los mas discretos corte-

sanos, habian conseguido arrancarla un solo monosílabo mas. Diez y ocho años habia cumplido LA PRINCESA DEL BIEN PODRA SER, así en la corte la llamaban, persistiendo siempre en su tema; y el rey, que no queria ver extinguirse su linaje, resolvió casarla, imponiendo á sus pretendientes una singular condicion. Reducíase esta, á que la princesa entregaria su mano al príncipe que la hiciese hablar una palabra mas de las anteriormente enunciadas. Como la novia llevaba en dote un estenso y floreciente estado, todos los príncipes vecinos acudieron á la invitacion, provistos unos de bufones y los otros de encanecidos consejeros; sin que las gracias de los unos ni los discursos de los otros consiguieran torcer el ánimo de la caprichosa princesa. Viendo el desconsolado padre que tan ilustres pretendientes nada adelantaban, recurrió á los próceres de su reino; pero los duques y los condes no tuvieron mejor fortuna, y transcurrió un año completo en inútiles tentativas. El buen rey se desesperaba, viéndose con un pié dentro del sepulcro; y, queriendo hacer el último esfuerzo, convocó á los simples caballeros, bajo las mismas condiciones. Mas dejemos que estos se presenten, y pasemos á otro lugar.

En una ciudad de provincia, no muy distante de la corte, vivía un hidalgo de buena estirpe, que huérfano de padre y madre, habia gastado un mas que mediano patrimonio. A los tres años de ancha vida, entró en cuentas consigo mismo, y encontró que toda su hacienda se reducía á una arrogantisima figura, veinte y cinco años no cumplidos, lujoso equipaje, buen caballo, y una bolsa de seda, medianamente henchida de oro. Con una mano en la mezcilla y una pierna sobre la otra, empezó á meditar los medios de restablecer su fortuna, y despues de haber pensado mucho, tuvo una magnífica idea. «Yo soy caballero, se dijo, mirando un escudo de armas dividido en varios cuarteles, y puedo aspirar á la mano de la heredera de mi rey,

Ceñir á mi frente una corona sería un buen medio de restablecer mis negocios; pero yo no tengo bufones, consejeros, ni esa trahilla de servidores que han llevado los príncipes, duques y condes. Mi ingenio no es una gran cosa para que supla con ventaja al de tantos otros reunido, de modo que lo mas prudente será no salir de mi casa.» Quedóse de nuevo suspenso, pero después de algunos minutos se levantó resueltamente y dijo con alegre gesto. «Peor que estoy no puedo quedar: voy á pretender á la princesa.» Tomada una resolución, no era hombre para abandonarla: hizo una pequeña maleta con sus mas lujosos vestidos; mandó que le ensilláran el caballo; tomó la bolsa de que hablamos; cabalgó con sumo donaire y emprendió el camino de la corte.

Formando castillos en el aire habria corrido media jornada, cuando el hambre vino á interrumpir tan hermosa fábrica, anunciándole que no habia comido en mucho tiempo. Con la premura del viaje no habia tomado provisiones, y empezó á buscar alguna venta en que satisfacer mal ó bien su mas que mediano apetito. Ni la mas humilde descubria, cuando se fijaron sus miradas en una casilla sembrada por dos corpulentos olivos: á ella dirigió su caballo, y, llegando á la puerta, encontró un muchacho de doce á trece años, que estaba guisando un puchero.

— Buenas tardes: dijo el viajero.

— Bien venido: replicó el muchacho, con traviesa jovialidad.

— ¿Qué haces aquí?

— Me como al que viene y quedo esperando al que se va.

— ¿También me comerás?

— A dónde va usted?

— A casarme con la princesa del bien podrá ser.

— Es usted muy tonto para eso.

— ¿Por qué?

— Porque no ha entendido usted lo que he querido decir con «Me como al que viene y quedo esperando al que se va.»

— ¿Quieres explicármelo?

— Al momento. Yo estoy guisando este puchero: al hervir suben los garbanzos; al que logro coger me lo como, y al que se me escapa espero que vuelva á subir para comerme también.

— Eres agudo. ¿Tienes padre?

— Sí señor.

— ¿En dónde está tu padre?

— En el pesadero.

— No te comprendo.

— Pues no será usted quien se case con la princesa.

— ¿Quieres explicarte?

— Allá voy. Mi padre ha ido á ver una sementera; si está buena le pesará haber sembrado poco, y si mala, haber sembrado tanto.

— ¿Y madre, tienes?

— Sí señor.

— ¿En dónde está tu madre?

— Amasando el pan que nos comemos la semana pasada.

— Eso es imposible.

— No se casará usted con la princesa. La semana pasada comimos pan frito y mi madre está amasando hoy para pagarlo.

— Tienes razon: ¿Hay en tu casa mas familia?

— Una hermana, que está llorando los gozos del año pasado.

— No te comprendo.

— Mi hermana se casó hace un año, muy alegre y con muchas fiestas; ahora la maltrata su marido y está llorando aquellos gozos.

— Tienes muchísima razon.

— Pero usted es demasiado tonto para casarse con la princesa.

Reflexionó un momento el viajero, y dijo después:

— Voy á proponerte un partido.

— Sepámos: respondió el muchacho.

— Yo tengo muchísima hambre; tú tendrás que cuidar de ella; comámonos ese cocido.

— Me conformo.

— En acabando nuestra comida, seguiremos el camino de la corte; tú me ayudarás á casarme con la princesa, y cuando yo llegue á ser rey tú serás mi primer ministro.

— Concedido.

Verificado este contrato, se comieron todos los garban-

zos en amor y compañía, cabalgaron después, y, á buen paso, se fueron acercando á la corte.

Apenas entrados en ella, se apresuró el buen caballero á comprar lujosos vestidos para el ingenioso muchacho, y no tardó mucho en presentar al anciano monarca su arrogante solicitud. El rey suspiró tristemente, firmísimamente persuadido de que su hija bajaría al sepulcro con palma; los cortesanos miraron con desprecio al desconocido pretendiente; pero este no decayó de ánimo, y, acompañado de su discreto pajecillo, pasó al cuarto de la princesa. Saludóla con desenfadado, pero recibió su saludo un *bien podrá ser* por respuesta: hizo la otras varias preguntas, que tuvieron el mismo resultado: entonces se adelantó el muchacho y comenzó de esta manera, con teatral ademán y acento:

— Señora, yo soy hijo único del labrador mas acudado de esta fertilísima comarca.

— Bien podrá ser; dijo la princesa.

— Sus sembradas no tienen limites, y son tan numerosos sus rebaños, que para recoger la leche ha tenido que construir un estanque de cinco mil varas cuadradas.

— Bien podrá ser.

— Encontrándose lleno de leche, paseaba yo un día sobre su muro comiendo piñones; como paseaba distraído, se me cayó un piñon en el estanque, y al momento se formó un pino tan corpulento, que su copa estaba oculta entre las nubes.

— Bien podrá ser.

— Me gusta mucho coger nidos, y calculé que un árbol tan alto debería tenerlos á millares. Poseído de este pensamiento, empecé á trepar pino arriba, y después de un largo viaje llegué á su copa, que precisamente tocaba á la misma puerta del cielo.

— Bien podrá ser.

— Encontrándome á tal altura, quise ver lo que allí pasaba, y me entré sin pedir permiso. A la derecha estaba san Pedro, ocupado en coser zapatos; y san Juan estaba á la izquierda con un puesto de hermosos melones.

La princesa guardaba silencio, y el muchacho continuó:

— Quise ver si eran de buena casta, y compré el mas pequeño de ellos. Llevaba yo un cuchillo de monte, y empecé á partir el melon; pero de improviso el cuchillo desapareció por la hendidura. No quise dejarlo perdido, y me entré tras él, con la misma facilidad que si lo hiciera en este cuarto.

La princesa no replicaba; dirigía sus miradas alternativamente al narrador y al caballero, y prestaba mas atencion. El muchacho continuó:

— Dentro ya del melon, empecé á andar, por ver si encontraba mi cuchillo; pero se pasaban las horas sin que pudiera conseguirlo. De repente oí ruido de pasos, y poco después descubrí un hombre que venia hacia mí con un arado al hombro. Hube de llamarle la atencion, y me preguntó marcialmente: «¿Adónde va por aquí el amigo?» «Voy en busca de un cuchillo de monte,» le respondí en el mismo tono. «Pues fácilmente lo encontrará, cuando ando yo con el arado al hombro hace tres dias buscando una vuelta, y no he conseguido encontrarla.» Esta respuesta me desanimó, y como no queria que mi familia me echara menos, volví pies atrás, y después de haber andado mucho, logré salir por la hendidura que me habia servido de puerta. Sin pensar mas en el melon, corrí á asomarme á la del cielo, y ví con asombro que el pino habia desaparecido del todo. Yo no podia quedarme allí sin dar un susto á mi familia, y decidí bajar á todo trance. Para lograrlo compré á san Pedro un ovillo de guita, y atando un estremo al lanquillo en que estaba el santo trabajando, empecé á deslizarme por ella, con la mayor facilidad. Me faltarian unas mil varas para llegar al suelo, cuando se me acabó la guita; en tal conflicto pedí al santo que me prestara un ovillo mas; pero, en vez de atender mi ruego, cortó la que habia yo dejado atada á su banco. Fallándome el punto de apoyo, comencé entonces á hender los aires como una flecha; me fui acercando á la tierra, cada instante con mas rapidez, y, siguiendo el violento impulso, chocó mi cráneo con una roca, se rompió en veinte mil pedazos, y en ella quedaron mis sesos hasta que un perro los lamó.

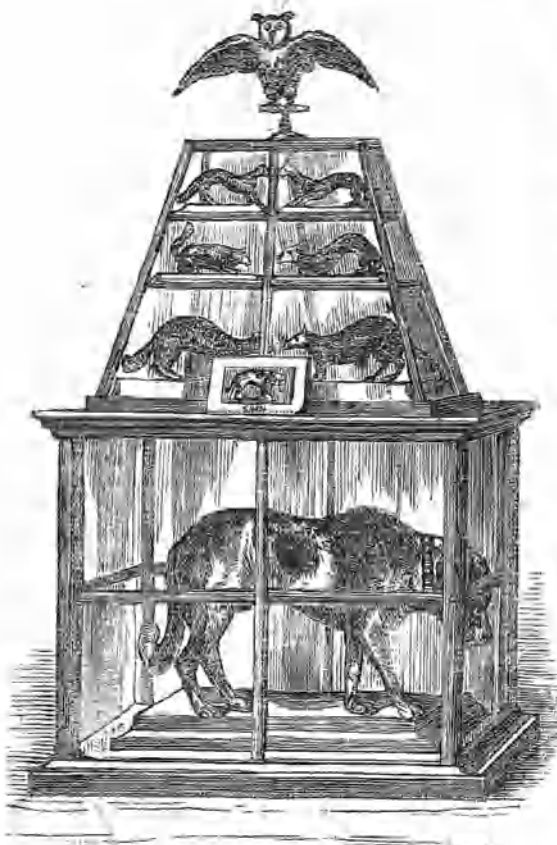
— ¡Embustes enormes he oido, pero juro que esté nie encanto! exclamó la hermosa princesa sin poder dominar la admiracion que la producía tal historia.

— Y porque os encanta, señora, replicó el travieso narrador, seréis esposa de mi amor.

El rey y algunos cortesanos, que ocultos tras unas cortinas habían presenciado la sesión, aplaudieron el claro ingenio del locuaz y atrevido niño, cuyo triunfo preconizaban; aunque algunas damas sostenían, que mas que el chiste del muchacho, había contribuido á hacer hablar á la princesa la buena presencia del novio. Tengan unos á otras razon, lo cierto es que á los ocho días se verificó el matrimonio con gran pompa; que el rey viejo murió á los pocos años; que el caballero llegó á ser rey, y el muchacho ministro, como lo habían pactado antes.

Yo asistí á la boda, al entierro, á la coronacion; fui y vine, y solo me dieron una almendra, que la mas golosa de mis lectoras tuvo la bondad de quitarme. Y de ello da fé

JUAN DE ARIZA.



EL PERRO BARRY.

Hé aquí una verdadera celebridad. Un gran número de viajeros estraviados, ateridos de frío, sorprendidos por las nieves sobre el monte San Bernardo, le debieron la vida. Inteligente, enérgico, buscaba y guiaba á los que aun podian andar, arrastraba y trasportaba, con esposicion suya, á los que habian perdido la fuerza y la esperanza. Esplice quien pueda lo que se agita secretamente en la parte inmateral de esos seres, á los cuales no concedemos otra cosa que instinto: Barry era ciertamente uno de los héroes de su raza. Una tarde, hacia un tiempo cruel, en medio de los torbellinos, un viajero vió lanzarse á su encuentro un animal muy crecido vigorosamente con la boca abierta; el hombre se creyó en peligro, y sacudió con su baston herrado al pobre animal, que cayó á sus pies quejándose: Barry habia sido gravemente herido en la cabeza. Algunos instantes despues los monges hicieron reconocer su error al viajero y deplorarle. Fueron á buscar al infeliz perro, que yacia tendido en tierra revuelto en su sangre. Prodigaronle toda clase de cuidados con poca esperanza: al menos hicieron por él lo que hubieran hecho por un hombre: fué conducido al hospicio de Berna. Pero el hierro habia penetrado en la cabeza: á pesar de los esfuerzos de la

ciencia, Barry no tardó en espirar. Hizoséle el único honor posible; su cuerpo fué conservado, y se le consagró un escaparate en el museo de Berna; allí reposa en pacífica compañía con otros vichos, de la manera que aparece en el grabado.

Pensamientos y máximas.

Si quereis formar juicio acerca de un hombre, observad cuáles son sus amigos.

FENELON.

Compartir los errores de los hombres, ser indulgentes con sus debilidades, formar su juicio, tratar con dulzura sus males morales, separarlos del ocio animándolos en sus trabajos, ocuparse con actividad de todo cuanto pueda contribuir á la perfeccion del género humano, oponer el espíritu de orden y union al de animadversion y de discordia, consolar á los desgraciados, calmar las pasiones vehementes, conciliar por medio de la tolerancia las opiniones enconadas, dulcificar á los fuertes, sostener los débiles, y dar á todos el doble ejemplo de amor hácia la libertad y adhesion á las leyes; en fin, contribuir por todos los medios posibles á hacer felices á los hombres, á quienes ha hecho hermanos é iguales la naturaleza, tales son los dulces y sagrados deberes de la benevolencia.

DE SEGUR.

La libertad sin costumbres, no es sino la anarquía.

MIRABEAU.

La economía es la mayor de las rentas.

CICERON.

La educacion debería ser mirada en todos los pueblos como la parte esencial de la legislacion. Los modernos se ocupan bastante de la instruccion, que aclara la imaginacion, y muy poco de la educacion, que forma el carácter. Los antiguos eran en este punto mucho mas reflexivos que nosotros: tambien es cierto que cada pueblo tenia un carácter nacional que ahora nos falta. Nosotros abandonamos al talento á las cátedras, y el carácter á la casualidad.

DE SEGUR.

El favor elige muy raras veces con acierto.

MARTEL.

En LA ILUSTRACION de ayer leemos lo siguiente:

LABORIOSOS DE UNA VIGINTINA.

Uno de nuestros suscritores de provincias, nos cuenta que publicamos el hecho siguiente, que penaba hasta que pudo se muestran algunos aprehendidos en nuestro pais; en la época de la caritatividad. Es, pues, el caso que el prójimo á quien aludimos, recibió el prospecto de un nuevo periódico titulado: LA SEMANA, en que se ofrecia regalar un libro de 30 por 400 del importe de la suscripcion, á todo el que se suscribiera antes de la aparicion del primer número, y el 50 solo, á los que fuesen tan meritos que no acordarian hasta despues de hacer un abono: nuestro hombre no quiso ser de los últimos y escribió á un amigo residente en la capital de su provincia que le suscribiera sin pérdida de tiempo a LA SEMANA por un año, pagando los 96 reales que costaba la suscripcion, y que eligiera la obra que fuera una de su agrado. El comisionado pagó los 96 de vellón y eligió *El hijo del Diablo*, lavado en la tarifa del periódico en 44, aunque no llamaba el importe de la mitad de los 96, es decir de los 48 que debieran tener á su favor para el libro en libros; el librero le hizo ver que lejos de sobrar dinero, tenia que abonar sobre los 96 reales 15 mos; nueve por razon de portes y cuatro por exceso, pues aunque el precio de suscripcion era 96, para el libro no se contaban mas que de 80, y que si quisiera recibir el llamado regalo por el correo le costaba diez y ocho reales, en todo ciento diez y ocho reales. Nuestros hemos hecho pasar en las oficinas de correos de Madrid la edicion del *Hijo del Diablo* á que nos referimos, y ha resultado, que el franqueto de la obra en cuestion para cualquier punto de España cuesta tres reales y medio, es decir, que el libro se embalsa caterva y medio reales á título de franqueto; mas claro, que despacha á buen precio y con el nombre de regalo todos los libros que tiene sin salida en su almohaca.

Nuestro suscriptor se lamenta de que tras de haber pagado los 96 anuales en buena moneda, le sacado del bolsillo 15 mas para recibir regalado *El hijo del Diablo*, que el diablo da el torpeza del encargado que se dejó coger en el lazo. Para colmo de la penosa, la víctima nos añade la circunstancia oportuna, de que hace tres años que compra por 10 reales la misma novela que ahora ha tomado regalada por 15 de vellón. En vano ha acudido pidiendo la borra de las listas de suscritoras y le devolvian sus 100 reales: el librero ha dicho que está facultado para recibir dinero, pero no para devolverlo.

Recomendamos á las gentes agraradas este nuevo é ingenioso sistema de hacer regalo.